

los dirigentes universitarios y sus problemas

• ALBERTO MANUEL GARCIA
JULIO BARBARO

Todo joven, a una edad más o menos determinada, descubre su ser, se descubre a sí mismo. Y al descubrirse redescubre al mundo. Al ganar en interioridad, en profundidad individual, gana también en distancia hacia las cosas. Al distanciarse las enfrenta y al enfrentarlas las problematiza. Se resitúa frente al mundo y busca, entonces, comprenderlo e interceptarlo, inquirir sus problemas y caminar en la búsqueda de soluciones.

Esta labor de descubrimiento individual y redescubrimiento del mundo, desde una nueva altura vital, sucede varias veces en la vida de un hombre. Son las "crisis" individuales: instantes de incertidumbre y desorientación.

Una de estas "crisis", quizás la más grave, vive el joven al ingresar a la Universidad. Ella significará, en adelante, su nuevo espacio vital: mucho más amplio que los anteriores. A través de la Universidad adquiere perfecta conciencia de un dilatado y complejo mundo, desde donde aparecen nuevos problemas. Por otra parte se encuentra solo frente a esos problemas: carece de un grupo humano que lo respalde y lo guíe hacia su solución.

Desorientado, deseando re-conocerse, el joven universitario deja vagar su mirada sobre el mundo, descubriendo sus defec-

tos. Percibe los grandes conflictos sociales, que constantemente preocupan a la gente. Aprecia el problema del hambre y la miseria. Observa las desigualdades entre las diferentes clases sociales y las diferentes regiones del globo. Desde lo social provienen los mayores problemas para el joven.

Pero no únicamente de allí. Habíamos señalado que la "crisis" interior se caracterizaba por un redescubrimiento personal. Es, también, en muchos casos, un redescubrimiento "del tiempo, la muerte y Dios". Al ponerse en cuestión y al hacer lo propio con su temática fundamental, el joven cuestiona sus creencias. Creencias de adolescente que, generalmente resultan débiles e impotentes para soportar el peso del nuevo mundo que se abre ante sus ojos. Necesita construir nuevas creencias. Y en esta labor se encuentra ante la carencia de "creencias sociales" firmes: el mundo es también el campo de batalla de diferentes sistemas de creencias.

Por un lado, entonces, problemas sociales que se presentan como intolerables, que necesitan urgentes respuestas. Por otro, carencia de sistemas que se presenten sin discusión y desde donde surjan respuestas coherentes. He allí el drama del joven universitario, la tragedia de sus primeros años de existencia en la Universidad.

El peso de este drama atemoriza a muchos. Muchos optan por el camino de la evasión hacia la vida cómoda. Cierran sus ojos ante los problemas y las preocupaciones, porque el problema genera angustia y necesidad de resolución, lo que implica trabajo. Se transforman conciente o inconcientemente en seres masificados. Otros optan por responder únicamente a los problemas inmediatos: el del estudio, el de lograr por su intermedio un título. Es una forma más compleja y sutil de evasión, porque necesita partir de una serie de presupuestos vitales. Es, sin embargo, más positi-

va que la anterior. Finalmente, quedan aquellos que asumen el problema en toda su magnitud. Estos últimos son, potencialmente, dirigentes universitarios. Porque es necesario buscar para encontrar respuestas, y caminar hacia ellas.

LAS DOS ACTITUDES

Hemos señalado cuáles son los problemas que asaltan, principalmente al joven universitario. Hemos dicho, también, que aquellos que asumen esos problemas en toda su extensión son, potencialmente dirigentes universitarios. Pero poner en cuestión algo exige una actitud crítica. Y tal actitud crítica desemboca, generalmente, en el encuentro de respuestas.

Es complicado sentar premisas universales sobre el modo cómo se produce el encuentro de respuestas. Este "encuentro" es algo que pertenece a la órbita individual del joven: sobre un marco de condicionamientos sociales y económicos, psíquicos, culturales y religiosos, la libertad humana llega al encuentro de respuestas. Respuesta que se caracteriza, en primera instancia, como la aceptación o el rechazo de lo dado. De allí se abren dos actitudes radicalmente diferentes. Una de ellas es la aceptación del sistema vigente: la solución de los problemas sociales será, simplemente, una obra de corrección de sus abusos. La otra es el rechazo del sistema: no se critican los abusos sino los usos. Esta última actitud es, incipientemente, revolucionaria. Aquélla, en principio, conservadora.

La concepción de lo que debe ser una Universidad depende, en gran medida, de cual es la actitud con que se contempla al mundo.

LA RESPUESTA CONSERVADORA

Romano Guardini señalaba como las tres características más importantes de los tiempos modernos el Antropocentrismo, la confianza en el progreso ilimitado de la ciencia y el amor a la naturaleza. Interesan las dos primeras para el

análisis de la respuesta conservadora sobre lo que debe ser una Universidad. Hay que partir además, y al menos para nuestro mundo occidental, de un sistema económico basado en el mercado y en el industrialismo.

Para lo que llamamos la respuesta conservadora la Universidad aparece como un lugar en donde se adquiere una Profesión y se especializa una rama del saber científico. El Antropocentrismo relacionado con una economía de mercado lleva al profesionalismo. La confianza en la ciencia y la industrialización lleva hacia la especialización del saber científico. Profesión y Ciencia son los elementos fundamentales de la Universidad actual, y una actitud conservadora tiende hacia el mantenimiento del sistema.

Pero no siempre fue así. En una etapa histórica anterior, que podemos definir como preponderantemente teocéntrica, la Universidad era la institución en donde se proporcionaba al hombre una concepción integral y profundizada de las cosas. La trilogía Teología —Filosofía— Arte, no se encontraba todavía divorciada. Con el advenimiento de la gran crisis de la conciencia europea, en donde la filosofía y la ciencia se separaron de la teología, y en donde el hombre se transformó en el "quid" de toda respuesta (Antropocentrismo), se marchó hacia una progresiva especialización en las Universidades. Conclusión de una labor de siglos fue una Universidad en donde la Profesión y la especialización científica constituían sus fundamentos.

La Profesión estaba íntimamente conectada con el mercado capitalista. Se regulaba el número de profesionales conforme a las exigencias del mercado. Y además el sistema capitalista lograba la adhesión de estos al estado de cosas imperante mediante un doble género de condiciones. Limitando el acceso a la Universidad a jóvenes pertenecientes a un determinado medio social, y ubicando luego a los recibidos en los lugares más destacados del sistema. Eran ellos las cabezas políticas del régimen, al que mantenían. Por su parte la especiali-

zación científica tendía a una compartimentación del conocimiento poco apta para reformas estructurales. Pues toda reforma de fondo necesita de una Cosmovisión que la presida.

La actitud conservadora se manifiesta, entonces, en los dirigentes universitarios actuales, en la concepción de una Universidad autónoma y apolítica, fundamentada sobre el profesionalismo y la especialización técnica. Las relaciones entre el poder político y la Universidad se establecen sobre la base de una mutua no-ingerencia, dentro de las materias específicas. Pero escritores representativos de esta tendencia señalan que la "defensa de los valores superiores de cultura o civilización, y de la seguridad y libertad de la persona humana" justifican la ingerencia de la Universidad en el ámbito del poder político. Lo que es una forma de sostener que la no ingerencia de la Universidad está condicionada al mantenimiento político de esos valores y de la cosmovisión a ellos adherida. Forma elegante de señalar que la Universidad es otra guardiana del régimen vigente.

A esta concepción de la Universidad agregan los dirigentes representativos de la tendencia una respuesta a los problemas sociales. Tal respuesta debe producirse por medio de una economía de mercado, por la lucha contra el intervencionismo estatal y contra el comunismo, y por el sostenimiento de la libertad e individualismo, tal como lo expresa una declaración de un movimiento universitario.

LA RESPUESTA REVOLUCIONARIA

La otra actitud que individualizáramos era la de aquellos dirigentes cuya actitud crítica se orientaba hacia los usos del sistema y no contra sus abusos. Esta actitud es sentimentalmente revolucionaria. Parte de la concepción de un mundo donde las desigualdades son sentidas como intolerables. Ubicados, plenamente, sus dirigentes en una época

que fue descrita por Max Scheler como la edad de la "Nivelación" dedican sus afanes a la política por entender que de allí ha de llegar la solución.

La revolución es concebida en diferentes formas: como resultado de un cambio de estructuras o como una forma de producir tal cambio. La primera de estas concepciones no desdena utilizar medios pacíficos e incluso instituciones del sistema vigente para producir tal cambio. Es llamada, inexactamente, por algunos dirigentes universitarios, solución reformista. La segunda como revolucionaria propiamente dicha. Ambas son, empero, substancialmente revolucionarias porque tienden a reemplazar un sistema por otro, mientras que una reforma sólo se manifiesta por ajustes al sistema vigente, sin desnaturalizarlo.

Entendida la revolución como el cambio de un sistema económico y social, cultural y religioso, por otro, necesita forzosamente de una cosmovisión que la presida. De aquí que el marxismo o el cristianismo (a través del socialcristianismo) en sus múltiples variantes, se presenten como respuestas integrales, y reciban la adhesión de la mayoría de los dirigentes universitarios actuales.

Desde una perspectiva revolucionaria, que se mueve con un esquema más o menos clasista de la realidad, la Universidad es concebida como una institución dependiente del orden vigente, al que apoya y robustece. Se tiende hacia el arquetipo de Universidad abierta por igual a individuos de todas las clases sociales, lo que en la práctica significa el acceso de los obreros y sus hijos a la Universidad. Se postula la necesidad de dotar a cada hombre de un saber general sobre toda la realidad, esto es, de un sistema de ideas y creencias. Y, finalmente, se expresa la necesidad de que la Universidad se halle en íntima conexión con su medio social para servirlo.

La tendencia revolucionaria más agresiva entiende que no debe esperarse ningún cambio de la Universidad, mientras no suceda una transformación integral

de todas las estructuras del país. Por ende, sólo se acuerda valor de sujeto de transformación revolucionaria a los movimientos estudiantiles. Se busca un prototipo de estudiante universitario comprometido con su medio. El movimiento universitario colabora en la creación de este prototipo, intentando formar una clase dirigente revolucionaria. Considera, además, específica labor suya la de sensibilizar a los demás estudiantes respecto a los problemas sociales.

LA JUVENTUD COMO PORTADORA DEL CAMBIO FUTURO.

Entiende José L. Aranguren que el sujeto de todo cambio en la Universidad es, hoy, la juventud.

Concebida toda relación de enseñanza como una trilogía de maestro-enseñanza-discípulo. Quebrantado el modelo tradicional del "maestro", esto es del espe-

cialista e investigador aséptico, no comprometido con las urgencias de su tiempo; entrada en "crisis" la propia enseñanza como resultado de la profunda revisión de las ideas básicas de nuestro tiempo, por los aportes de la ciencia; la atención de la relación de enseñanza se desplaza hacia el discípulo. Pues en él radica la mayor capacidad de búsqueda, de las ideas y valores, que presidan la construcción de un mundo menos injusto, sin que esto implique el abandono de aquellos valores verdaderos que han aparecido a lo largo de la marcha de la humanidad.

Poseyendo la juventud la característica de no estar comprometida respecto de un orden social vigente, como apuntaba Karl Mannheim, reside en ella la mayor fuerza de transformación social. De allí que sea la esperanza de todo cambio substancial en la estructura del mundo. Y de allí, también, la responsabilidad y el drama de sus dirigentes. ♦

el parlamento nacional

• OSCAR RUBEN DEGREGORIO

UNA tremenda sensación de irrealidad envuelve el conjunto de la vida legislativa haciendo sentir al legislador y al observador que toda esa tarea es vana e inútil y está llamada a fracasar rotundamente. Este hecho que señala es producto de la situación de crisis por la que atraviesa el Parlamento Argentino, alcanzando por igual al legislador y al observador. Esta crisis forma parte de todo un proceso con carac-

terísticas muy especiales, que es necesario conocer para tener una idea clara de la situación real del sistema parlamentario argentino.

Argentina nació a su vida jurídica o institucional cuando aún no se había plasmado como país, social y culturalmente. Le fue como impuesta la estructura formal a la que debía someterse y a la cual era ajena completamente.

Esta situación de desajuste entre realidad y legalidad, produjo el inevitable conflicto cultural que precipitó la anarquía. Mientras lo real se consideraba ilegal, lo legal se tornaba irreal.

Pese a todo la situación política e institucional tendía a estabilizarse dentro del marco de una sociedad de tipo tradicional, donde lo político estaba ligado fuertemente a lo carismático y la economía subsistía sin apremios.

Por aquel entonces, arrimado ya a principios del siglo, el Parlamento se convertía día a día en una institución